

Pequeña crónica de la ciudad

PLAYAS DE AYER, HOY Y MAÑANA

Por Juan Antonio Padrón Alborno

Santa Cruz, la ciudad que cedió sus playas, todas aquellas sus modestas playas, al puerto siempre creciente, mira hoy con lógica esperanza a esa promesa de Las Teresitas.

San Andrés, remanso de paz donde a la sombra de centenarios laureles duerme el viejo castillo vencido por el tiempo —que no por la guerra— se apresta a entrar en nueva, prometedora fase de vida. El pueblo pescador, tranquilo y reposado, se asienta junto a la playa donde baten las olas teñidas con luz de aurora. Al pie del acantilado, se duerme el sol en la arena mientras, en la ribera, sueñan las rocas al ir lloroso de la mar.

En toda la costa, el puerto ha ido tendiendo la capa de sus nuevas tierras, de sus necesarios rellenos, La Cordillera ha sido generosa con sus canteras inagotables —La Altura, La Jurada, Los Pasitos, Jagua— que, matrices del puerto, han dado, dan aún, los incontables miles y miles de toneladas de piedra que, volcadas en la mar, han ido haciendo el puerto de Santa Cruz, el puerto de la isla toda.

Bajo esos necesarios rellenos duermen las viejas playas santacruceras, aquéllas de redondos callaos y musgo verde que, abiertas, eran rompeolas de toda la mar libre que a ellas llegaba.

La ciudad dio con satisfacción todas sus playas. Y es que, con certeza plena y absoluta, sabía eran necesarias para lograr el puerto que, poco a poco, junto a ella nacía.

Ruiz. La Peñita. San Antonio y Los Melones, velaban junto al Santa Cruz que, sediento de brisas, se tendía como un velo blanco de gaviotas. Más allá, donde los acantilados daban sombra a la mar, donde el Atlántico golpeaba su locura de aguas contra la orilla infranqueable, María Jiménez, Jagua y Los Trabucos eran vestíbulo y entrada al San Andrés pescador y remansado.

Hoy, cuando Las Teresitas ha dejado de ser sueño de años y se anuncia como realidad espléndida, reviven los nombres de las viejas playas de Santa

Cruz. De aquellas viejas playas que un día del año —el de San Juan— abrían sus huertas azules a la expansión y alegría de la ciudad.

Todo el interior del puerto era playa. El brazo protector del Muelle Sur domesticaba a la mar que, sin ímpetus, rompía serena sobre los callaos. Estos, llevados y traídos por el abanico blanco de las olas, cantaban su canción eterna, canción con reflejo sonoro de truenos lejanos.

Hoy todo aquello es puerto. Puerto que, por paradoja, cuanto mayor se hace más pequeño resulta para las necesidades de la isla que crece y crece, sin parar, en todos los aspectos. Y es por ello que Las Teresitas vienen a resolver un problema que, planteado hace años, no encontraba fórmula precisa y adecuada.

Pero hay que tener en cuenta, muy en cuenta, que Santa Cruz aumenta su censo y que, por tanto, en un próximo futuro necesitará de nuevas zonas de expansión, de nuevas playas.

Y ahí están, escondidas en la quebrada geografía de Anaga, la de Antequera y las que, en Taganana, son promesa de un futuro.

Allí, en aquella proa de la isla, Santa Cruz tiene una reserva de playas que, rodeadas de silencio, sólo esperan el momento preciso de llegar a ser, de dar todo lo que de ellas se espera.

Las playas de ayer son parte de un pasado ido para siempre. Pero queda la nostalgia y el recuerdo. Hoy Santa Cruz espera con ilusión la realidad de un ambicioso proyecto pero, al mismo tiempo, proyecta ya sus miras hacia el porvenir. Y este porvenir está, sin duda alguna, en las escondidas, tranquilas playas que se extienden sobre la radiante soledad absoluta de esa costa valiente y acantilada. Allí, las rocas rezumando azul del mar, manchadas de nieve salada, son hitos que señalan con claridad meridiana unas metas trazadas con visión de futuro, con visión de lo que Santa Cruz espera de los colgados caseríos que, lentamente, van quedando más cerca de nosotros.